

## EDUCACIÓN Y ECONOMÍA EN EL SIGLO XXI. LOS GRANDES RETOS DE NUESTROS TIEMPOS

(The higher instruction front the economic context in the twenty-first century. The great challenges of our age)

---

Georgina Sotelo Ríos\*  
Martha Patricia Domínguez Chenge\*\*

### RESUMEN

Este trabajo de investigación documental, tiene por objetivo reconocer la condición de la educación profesional en México. Por lo que su desarrollo se logra por medio de la investigación y análisis documental de la evolución educativa y superior en México. De esta manera, buscar generar herramientas que permiten al lector tener una idea de lo que representa la institución superior y sus efectos en la institucionalidad pública, en la economía y en el libre mercado de un así como México. Por tanto, a través de la investigación documental inspecciona el caso de la educación universitaria como una causa fundamental de la situación económica nacional.

**Palabras clave:** educación universitaria, universidad, economía.

### ABSTRACT

*This documentary contribution aims to recognize the status of vocational education in Mexico. So its development is achieved through research and documentary analysis of the educational and higher evolution in Mexico. Therefore, seek to generate tools that allow the reader to have an idea of what it represents higher institution and its effects on public institutions, in the economy and a free market and Mexico. Therefore, through documentary research inspects the case of the high level education as a fundamental cause of the national economic situation.*

**Key words:** college, university, economy.

**Classification JEL:** I12, M05, N08

---

\* Académica de la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Veracruzana; email: ginasotelo@hotmail.com

\*\* Directora y Académica de la Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de la Universidad Veracruzana; email: pdchenge@hotmail.com

## I. INTRODUCCIÓN

### I.1. El contexto de la educación superior en México

México es un país de grandes riquezas. Mares, desiertos, bosques, selvas, manglares y demás son ecosistemas que favorecen a la flora y la fauna. Pero también es un país de carencias y contrastes, especialmente en lo que a educación, tecnología y ciencia se refiere. Aunque ha habido esfuerzos por avanzar en el terreno de la educación, la verdad es que no hemos podido estar a la altura de los estándares de calidad propuestos por las grandes economías del llamado primer mundo. Al ser un país económicamente pobre, México no ha logrado el tan ansiado desarrollo que pregonan las sociedades neoliberales en el que la educación se asocia con el progreso. Curiosamente los organismos encargados de “medir” la riqueza y el desarrollo –Organización de Estados Americanos o Banco Mundial por ejemplo– han buscado estandarizar la educación a través de sus organismos acreditadores, de sus certificaciones, productividad, del nivel de sus competencias profesionales y demás, sin tomar en cuenta que los contextos latinoamericanos distan mucho de los norteamericanos. Por lo cual, la tendencia en las universidades públicas es producir “recursos humanos” (Guillaumín: 2014) a modo que respondan a las necesidades empresariales en detrimento de una formación humanista, multicultural, sustentable y crítica, dejando de lado la razón de ser de la educación.

El panorama nos presenta escenarios en los que pareciera que las instituciones de educación superior se preocupan más por reproducir mapas curriculares, modelos y métodos que permitan homogenizar las capacidades productivas de sus estudiantes, esperando con ello que les sea más fácil integrarse al mercado laboral global. El riesgo es que se deja de pensar en las características propias de las economías locales. Y así estos estándares de “progreso” dividen en grandes bloques: desarrollo-subdesarrollo, riqueza-pobreza, avance-atraso, acreditado-no acreditado, competente-no competente. Por ello en las evaluaciones de calidad educativa, las comunidades locales ni cuentan, ni importan aunque no desaparecen. Cada vez es más complicado acceder a la llamada “*sociedad del conocimiento*” (Latapí: 2007) que sirve a los

finés económicos pero no a los sociales: “la educación forma a los futuros consumidores y ciudadanos del *McWorld*” (Barber en Guillaumín: 2014) que prefieren la competitividad a la cooperación, la especialización en contra de la diversidad. Esta sociedad definida por Castells también como “*sociedad en red*” (Capra: 2003, 173) se caracteriza por tres aspectos fundamentales: sus actividades económicas básicas son globales; sus principales fuentes de productividad y competitividad son la innovación, la generación de conocimiento y el procesamiento de información, y está estructurado en gran medida en torno a redes de flujos financieros. Esta red global viva ha estado desarrollándose, evolucionando y diversificándose a lo largo de tres mil millones de años, sin romperse jamás. La característica más sobresaliente del hogar Tierra consiste en su capacidad innata para sostener la vida. Como miembros de la comunidad planetaria de seres vivos, nos corresponde comportarnos de tal modo que no perturbemos esa capacidad innata; este es el significado de la sostenibilidad ecológica.

Hoy día, los jóvenes primero encuentran una carrera y después una vocación. Los niveles de consumo se vuelven parámetros de la felicidad. Se tornan huecas las palabras identidad y pertenencia. Entonces el conocimiento que vale es aquel que es rentable económicamente aunque no se sustente en relaciones solidarias y justas. Sin desarrollar una conciencia social, planetaria, los estudiantes son formados para participar en una economía depredadora, banalizante y enajenante.

## II. EL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

### II.1. Por un desarrollo más humano

La noción que se tenía en el siglo XIX de cómo hacer del mundo un mejor lugar para vivir era la del “progreso”. La idea de “*desarrollo*” es sucesora de la de progreso y se ha popularizado desde la propagación de la industrialización. Por otro lado, la ilusión de progreso se ha venido desvaneciendo con el tiempo, la idea de desarrollo comenzó a resquebrajarse y fraccionarse en vista de la creciente pobreza, los movimientos y las revueltas sociales, la contaminación y degradación del medio ambiente. Son éstos algunos fracasos del desarrollo (Wolfe en Adams: 2005).

Los programas de gobierno hablan de “mejorar la calidad de vida”, “crear empleos”, “ofrecer trabajo a la gente”, “aprovechar nuestras capacidades” y “modernización” (Adams: 2005). A la par, nuestra actual manera de consumir se ha traducido en altos costos energéticos, no vivimos una reducción del consumo, sino que este consumo es la principal causa de endeudamiento de los países en desarrollo. Entonces el progreso y el desarrollo se han convertido en mitos.

Progresar no es consumir más. Desear no es necesitar. Acumular no es ser feliz. Sin embargo, la costumbre, las teorías económicas modernas, nuestros maestros, incluso nosotros mismos hemos usado y creído por años definiciones que al paso del tiempo se vuelven carentes de significado. Ante la crisis global contemporánea quizás es momento de revisar conceptos como satisfactores, necesidades, desarrollo, economía, progreso y darles un nuevo sentido.

La sociedad del consumo en la que actualmente vivimos, resulta de la masificación de productos promovidos por la mercadotecnia y la publicidad. Pero no solo consumimos objetos y cosas, sino que anhelamos estilos de vida de los llamados países desarrollados. El “sistema” nos crea necesidades (Cortina: 2002, Max-Neef: 1993). Deseamos aquello que vemos en las películas, en la televisión, con los famosos que ostentan una vida de lujos en la que aparentemente todo es más resplandeciente y excitante. Por lo que Max-Neef (1993) invita a pensar de manera más local y racional y que tenga un impacto ecológico menor. Su idea de “desarrollo a escala humana” está orientada en gran medida hacia la satisfacción de las necesidades humanas, lo que exige un nuevo modo de interpretar la realidad, evaluando al mundo, las personas y sus procesos, de una manera distinta a la convencional. Las prácticas económicas presentes – la lucha por el crecimiento económico – es insostenible dado que una expansión infinita sobre un planeta finito solo puede conducir a la catástrofe (Capra: 2003, 191). Asimismo las prácticas derivadas de las actividades económicas se extienden al ámbito cultural.

Los países de todos los continentes, a pesar de la diversidad de sus culturas, están cada vez más homogeneizados a causa de la incesante proliferación de las mismas

franquicias de restaurantes, de las mismas cadenas hoteleras, de la misma arquitectura en altura, de los mismos supermercados y de los mismos centros comerciales. La vida se ha convertido en la mercancía definitiva, “el monocultivo de la mente” (Shiva en Capra: 2003, 271). La cultura de la mercancía va modificando nuestros valores (Latapí: 2007). Miles de personas en el planeta, aspirando acceder a una vida “mejor”, consumen de manera superflua sin haber satisfecho primero las necesidades básicas de subsistencia. Los países ricos consumen más de lo que necesitan y los pobres necesitan más de lo que consumen y así sucesivamente.

Consumir es la esencia humana en el siglo XXI. La nuestra podría llamarse la “era del consumo” (Cortina: 2002) con modelos de estilos de vida que afectan profundamente la autoestima de las personas, su autorrealización. Una sociedad de consumo es aquella en la que triunfa el consumo masivo conectando determinados deseos con determinadas creencias de la sociedad actual. En este punto creemos necesario distinguir entre necesidades y satisfactores. Las necesidades humanas fundamentales son las mismas en todas las culturas y en todos los periodos históricos. Lo que cambia a través del tiempo es la manera de satisfacer esas necesidades, entonces, las necesidades humanas son finitas y lo son de todos los humanos, pero los “satisfactores” pueden ser muchos y variados. Es correcto diferenciar una sociedad de consumo - aquella en la que las personas consumen - y la llamada sociedad consumista en la que el consumo “es la dinámica central de la vida social y muy especialmente el consumo de mercancías no necesarias para la supervivencia (Cortina: 2002, 65). En esta era, el objetivo del desarrollo es propagar cualquier tipo de consumo, e incorporar al resto del mundo a una red de interdependencia con los centros de producción industrial (Adams: 2001).

Nuestras sociedades modernas, en su afán de éxito imponen patrones de consumo sociales que van de la mano de ideas como la de progreso, que es usada como sinónimo de consumir bienes de calidad o tener un ingreso elevado. A diferencia – creemos – de un crecimiento cualitativo, holístico y no únicamente material, que desarrollaría las capacidades humanas, incrementaría las satisfacciones no mercantilizadas y favorecería la democracia y la participación pública.

La economía<sup>3</sup> nació al servicio del hogar, pero acabó convirtiéndose en otra cosa: en las últimas décadas, en vez de servir al hogar, la economía ha utilizado a los hogares como instrumento del mercado especulativo, construyéndolos obsesivamente y seduciendo a muchas personas a hipotecarse para tal vez, al final, quedarse sin techo (Pigem: 2013). Por ello también es vital revisar el concepto de economía que entiende al consumo sólo como motor de la creación de la riqueza y de puestos de trabajo. Un cambio de valores supondría además ampliar la noción de “progreso” y entender que el verdadero progreso humano se produce cuando las personas pueden elegir su estilo de consumo de forma autónoma y no fuertemente inducida sea por los medios de comunicación, la moda o la publicidad. La idea es dar a la globalización económica un rostro humano. Diseñar un consumo a la altura de la dignidad humana (Cortina: 2002), hacer más con menos (Capra: 2003). El gran reto del siglo XXI será el cambio del sistema de valores que subyace en la economía global, de modo que se convierta en compatible con los imperativos de dignidad humana y sostenibilidad ecológica. Las actuales formas de consumo no fortalecen la igualdad y la vida solidaria.

El consumo desenfrenado conlleva un costo insostenible para el planeta. Es preciso poner límites al consumo si no queremos agotar las fuentes naturales. Lo que urge es cultivar una nueva actitud en las personas, buscar estilos de vida menos nocivos que puedan convertirse en universales e incluyentes y vivir una vida simple donde se revaloren las relaciones humanas, la creatividad y la naturaleza, y se relegue el consumo indefinido de mercancías. Y lo más importante: transmitirlos a través de la educación lo que sin duda sería una de las formas de enseñar a ser libres.

## II.2. La crisis de la universidad pública

El pasado 26 de septiembre en Iguala, municipio del estado de Guerrero se cometió un homicidio contra seis estudiantes de la Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” de Ayotzinapa. Al momento de escribir estas líneas aún no se sabe nada de la desaparición de 43 estudiantes. Los jóvenes

normalistas vivían en comunidades rurales pobres, quisieron alzar su voz y quizás por ello encontraron la muerte. Aquellos quienes tenemos la fortuna de pertenecer a la universidad pública distinguimos en estos escenarios motivos suficientes para reflexionar y en la medida de lo posible, actuar. La escuela es el espacio propicio para evaluar si es pertinente seguir replicando en las aulas visiones del mundo, modelos de desarrollo, ideologías y conductas impuestas por otras economías o si estamos ya en un punto de quiebre donde lo urgente es aspirar a una educación con rostro humano pero consciente y propositivo.

Debemos abandonar el ansia de modernización uniformadora (Max-Neff: 1993). Nos encontramos en una encrucijada, perplejos frente a la realidad de desigualdades y pobreza que se hacen cada vez más palpables. En los discursos políticos, anuncios publicitarios, conferencias magistrales, escuchamos que el trabajo mejor pagado y que permita poseer más cosas es al que vale la pena aspirar y no visualizamos que el actual modelo de consumo es en mucho responsable de la crisis civilizacional en la que vivimos.

Nadie duda que nuestras universidades públicas poseen una riqueza invaluable. Generan y regeneran cultura. Son el espacio natural para la distribución social del conocimiento. Las universidades del país viven hoy transiciones difíciles. Las presiones demográficas y sociales, las exigencias políticas, las angustias presupuestales, los cambios culturales y educativos y sobre todo los retos de la economía nacional e internacional, las abruma y las enfrentan a decisiones nada fáciles (Latapí: 2007).

A nuestras universidades – lo vivimos a diario – se les exige calidad, que sean modernas, tecnologizadas, eficientes y que preparen a estudiantes *multitask* y multimedia que puedan funcionar en una economía globalizada. Sin embargo al comparar sus alcances con la responsabilidad social que lleva a cuestras, pareciera que su labor no es suficiente. Es momento entonces de repensar el papel de la universidad pública y los centros de investigación.

Ibarra y Porter son críticos al respecto; nos dicen que las universidades han sido reconceptualizadas como instituciones al

---

<sup>3</sup> Los antiguos griegos llamaban “economía” (*oikonomia*) a la buena gestión (*nomos*) del hogar (*oikos*) aunque hoy el concepto ha cambiado (Pigem 2013).

servicio de la economía, considerando como inútil todo gasto que no produzca valor en términos de mercado. Las instituciones públicas actúan cada vez más bajo criterios económicos: *“Nadie puede negar a estas alturas que la empresarialización de las universidades avanza de manera sostenida. Hay una comercialización del conocimiento”* (2007: 12). Es así que en las aulas se va perdiendo la libertad de decidir, esa capacidad para definir los proyectos sustantivos de la institución, olvidando que la educación no se agota en su contribución al mundo del trabajo y de la producción.

La Educación –*con E mayúscula*– debe estar orientada al desarrollo pleno de los seres humanos, de ahí la urgencia de repensarla y reformarla para recuperar el sentido vital que el aprendizaje debe tener para los niños, jóvenes y adultos. Precisamos de otro tipo de educación para cambiar la historia de la humanidad desde los espacios locales; desde las microrregiones educativas, como puede ser un salón de clases, una escuela, una facultad, un instituto de investigación, la casa, otros (Guillaumin: 2014). La educación tendría que estar más acorde a las necesidades planetarias de sustentabilidad e inclusión, favoreciendo escenarios para la construcción de una sociedad donde las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales en general, no estén regidas por el afán de dominio y de control; ni se encuentren sujetas al predominio de las leyes del mercado, los intereses económicos y materiales, sino a la vigencia de las relaciones vitales.

La economía y la educación no deberían tener una relación tan estrecha y de interdependencia - pues la economía globalizada ha demostrado que las leyes del mercado no siempre conducen al bien común - de tal suerte que la educación tienda a recuperar su autonomía y responda a los retos actuales de los lugares y las regiones, así como a los grandes problemas de la humanidad. En suma, las instituciones deberán replantearse escenarios y definir los cambios que requieren para estar en condiciones de realizar plenamente sus proyectos: *“Se trata de preservar a la universidad en sus fundamentos y su esencia como espacio para la formación de ciudadanos libres, capaces de comprender el mundo en el que viven y de actuar para transformarlo”* (Ibarra y Porter: 2007, 26).

### II.3. Navegar hacia nuevos rumbos

En Occidente, existe un amplio consenso en que el capitalismo de mercado - es decir, el uso generalizado e irracional de mercancías - está estrechamente ligado a la democracia y, como tal, es el mejor sistema posible para el conjunto de la humanidad (Sachs: 2010). En las últimas cuatro décadas hemos sido testigos de cómo en algunos países de Europa Oriental, Unión Soviética e incluso de Asia el capitalismo ha ido sustituyendo a los regímenes totalitarios. *“El desarrollo significa hoy la integración en los mercados capitalistas nacionales e internacionales y esta integración a su vez se convierte en la condición mínima para que una región o país sea considerado ‘desarrollado’* (Sachs: 2010, 54). El vivir de esta manera, con esta lógica de mercado afecta las relaciones sociales, pues una parte tiene mucho para ofrecer (mercancías) y la otra, al no tener ninguna o poca utilidad (poder adquisitivo) torna a la relación en estado permanentemente desequilibrada. Y como resultado se tiene que el sistema económico bajo el cual no regimos obliga a la gran mayoría de la humanidad a vivir sus vidas en indignidad y pobreza. También amenaza a todas las formas de vida, de hecho a la vida misma. La globalización convierte a la diversidad en estandarización, a la multiculturalidad en producción en serie, a las regiones rurales en zonas urbanas devastadas y contaminadas que atentán directamente toda forma de vida.

En la actualidad, las mayores concentraciones de habitantes en el mundo viven en el subdesarrollo mientras el pensamiento económico neoliberal sigue resultando en el enriquecimiento de unos cuantos quienes poseen tantas cosas materiales acumuladas y aquellos que sólo poseen su fuerza de trabajo con la que intentan satisfacer sus necesidades diarias de alimentación, vestido y techo.

Estos son tiempos de locura, vestida con trajes caros, dice Paul Krugman (Pigem: 2013). El modo industrial de producción parece ser el fin del camino por el cual hemos navegado aspirando a la evolución social. Hemos mencionado que la metáfora de desarrollo se concibe desde una visión netamente occidental, privando a las pequeñas comunidades – economías rurales o campesinas – de la

participación de los logros de este “crecimiento” económico.

Los pueblos de las “*otras*” culturas no tienen oportunidad de definir las formas de su vida social y de poco a poco se van perdiendo las costumbres, tradiciones, lenguas y cosmovisiones que durante cientos de años nos dieron identidad como latinoamericanos. Y así la imposición de una economía de mercado se expande suplantando todas las formas de cultura local abrazando lo mundial como teoría y política de desarrollo.

El francés Frédéric Martel (2011) se refiere a esta colonización ideológica como más peligrosa a diferencia de la armada o violenta, pues la “dominación de la mente” – a través del *soft power*<sup>4</sup> – es más sutil y profunda al ser voluntaria. Entonces, los países del llamado Tercer Mundo desean, ansían y adoptan nuevas formas de consumir, sean *Smart phones*, computadoras, ropa, accesorios, música y maneras de vivir. La existencia y expansión de los mercados suplanta los valores culturales.

Los deseos infinitos del hombre están categóricamente opuestos a los escasos recursos de la naturaleza. Los seres humanos no estamos nunca satisfechos, cualquiera que sea nuestro nivel de riqueza material. Obviamente, el planeta no tiene manera de satisfacer todos estos deseos y falsas necesidades, no es ni ecológica ni moralmente posible. Pero, ¿será posible vislumbrar otras maneras de vivir y convivir? Creemos que sí, pues al estar todo el tiempo todo cambiando, es factible un cambio en la conciencia planetaria hacia una convivencia más justa. Es posible, pero – lo más importante – es necesario y urgente.

El curso de la aventura humana sobre la Tierra vive ahora un *kairós*, un enorme momento de transformación del que forman parte nuestras múltiples crisis: “las que afectan a la ecología planetaria, a la economía global, a nuestras instituciones obsoletas, al conocimiento y a los valores humanos, a nuestras relaciones sociales y al sentido de nuestro estar en el mundo. Crecen las tensiones y la sombra del colapso

aparece donde no se la esperaba” (Pigem: 2013, 13).

Numerosos autores han expresado que la trayectoria expansionista que ha guiado el curso de la civilización desde hace milenios ahora culmina y toca a su fin. Pero no se trata del fin de la civilización o de la humanidad, sino el fin de esta trayectoria, de este modo de vida. Si sabemos que el cambio es la única constante, podríamos estar más preparados para saber cómo enfrentar los problemas y transitar en armonía hacia una nueva realidad.

Durante la mayor parte de su existencia, la humanidad ha estado confinada dentro de un ambiente natural limitado. Hoy el mundo parece no tener fronteras, ni horarios, ni límites. El horizonte que venía guiando a las sociedades modernas se resquebraja por los cuatro costados. De cada uno de esos cuatro flancos aparecen, inesperadamente, cuatro jinetes que rompen el espejismo de la racionalidad moderna y las certezas que lo acompañan: El primero, el más visible y estridente, es la *crisis económica*; el segundo jinete es la *crisis ética*, la codicia y la irresponsabilidad con raíz en el despotismo; el tercero es la *crisis ecológica*; el cuarto, menos obvio pero no por ello menos inquietante, es la *crisis epistémica*, es decir la crisis de nuestros modelos de conocimiento (Pigem: 2013).

El mundo ya no es como pensábamos. Ese sueño ahora se desvanece, dejando paso a una sensación de impotencia y desorientación. Este mundo al revés nos ha hecho perder la visión de conjunto. Vemos los árboles, pero no vemos el bosque. Nuestra sociedad nos sorprende y fascina con su alta tecnologización, con la inmediatez de sus procesos, con la comodidad de sus lujos. Pero si somos realistas veremos que las alentadoras cifras económicas tienen poco o muy poco que ver con la mayoría de las personas. La economía como ciencia no vive en el mundo real, de hecho, los responsables de que exista el hambre son la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Ziegler en Pigem: 2013).

Como educadores, como seres humanos que habitamos este planeta, es nuestro deber revertir esta tendencia. Somos parte de un universo infinito e inacabado que renace con nosotros diariamente. No somos espectadores de algo que sucede “*allá afuera*”, sino coautores y cocreadores de un universo de

---

<sup>4</sup> El poder suave, la influencia a través de la cultura, por oposición al *hard power*, correctivo o militar, impone una cultura dominante – norteamericana principalmente – que quiere dominarlo todo “*las palabras, las imágenes, los sueños*”.

relaciones. Todo fluye como una corriente de procesos dinámicos e interrelacionados en la que todo y todos participamos. Es este el principio de una era en la que aún podemos vivir y disfrutar. Este mundo en caos es también una oportunidad e invitación a la transformación, a emprender un viaje a partir del fluir inmediato de la experiencia. Con este cambio de rumbo quedan atrás milenios de historia en que nos habíamos esforzado en dominar y controlar la realidad: "Ya no hace falta controlarla, porque es, somos, nosotros" (Pigem: 2013).

#### II.4 Educación para el cuidado de la vida

Cuando a un grupo de alumnos jóvenes de origen humilde y estudiosos - que leen de manera regular más allá de su material de clases y que se interesan por los problemas políticos y de su entorno - se les acusa de vándalos, improductivos y beligerantes advertimos un signo de descomposición social. Cuando el ser idealista es motivo de criminalización y acoso, cuando se busca "poner orden" a través de la fuerza federal sin que nadie haga nada es momento de actuar y cambiar las cosas. Las instituciones educativas deberán de volverse más sensibles ante esta y otras realidades y canalizar toda la energía de miles de estudiantes que están ávidos de conocimientos, que su mayor deseo es que los preparen para la vida, que se les muestren vías alternativas para afrontar los retos del cambio de época. No sólo desde las aulas, sino desde el hogar, desde nuestras familias y desde cualquier sitio que pueda convertirse en un entorno de aprendizaje, es que podemos vincular un conocimiento local profundo que además de ser teórico sea práctico y transformador. Si como adultos no somos capaces de desarrollar una visión global acorde a los tiempos que vivimos, si nosotros mismos no somos críticos y propositivos, ¿qué vamos entonces a enseñar en el aula? "A fin de cuentas, los educadores transmitimos lo que somos" (Latapí: 2007, 214).

Reconocer las causas de la crisis por las que atraviesa la civilización es un primer paso.

Promover una formación universitaria multicultural y solidaria es otro más. Si dejamos de estar obsesionados con la productividad y el trabajo "a destajo" en las escuelas e implementamos formas novedosas de docencia, rescatando la riqueza de las localidades, las experiencias de vida, el conocimiento emergente, podremos aspirar al cambio. Los niños aprenden desde la infancia los símbolos del poder económico y ligan a ellos la autoestima. La sociedad trata a las personas de manera muy diferente si visten, calzan, comen o beben de una manera u otra (Cortina: 2002). Por ello es preciso que reorientemos el significado de aquellos conceptos que hoy son considerados como valiosos y promovamos valores e ideas incluyentes y *universalizables*. Requerimos transitar hacia la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo menos mecanicista y más humano, basado en los principios de solidaridad y de equidad (Max-Neef: 1993).

Si deseamos hacerlo, podemos hacerlo. La vida es sin duda esa gran maestra. Debemos aprender de nuestras propias experiencias. En las próximas décadas la supervivencia de la especie humana dependerá de nuestra capacidad para comprender los principios básicos de ecología y para vivir en consecuencia. La alfabetización o *ecoalfabetización* no solo deberá convertirse en una capacidad básica para políticos, empresarios y profesionales en general, sino que debería constituir también la parte más importante de la educación en todos los niveles, desde las primarias y secundarias hasta las universidades y los programas de formación continua de profesionales (Capra: 2003, 292). Vivimos en un mundo maravilloso y a la vez frágil. De respetarlo y no verlo más como una fuente inagotable de materias primas es prioritario. De su cuidado y de nuestra capacidad de acceder a una educación con énfasis en la vida y no en el economicismo, depende el futuro de nuestra propia existencia.

### III. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adams, Richard N. (2001). *El octavo día*. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Pp. 344-355.

Capra, Fritjof (2003). *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Cortina, Adela (2002). *Por una ética del consumo*. Madrid: Santillana ediciones.

Guillaumin, Arturo. (2014). *Universidad Pública vs Desarrollo. Hacia una resignificación de su misión*. Memorias del Congreso de Investigación de las Ciencias y Sustentabilidad Academia Journals.

Ibarra, Eduardo y Luis Porter. (2007). *Introducción. Disputas por la universidad, entre el mercado y la sociedad: dialogando sobre lo que nos ha sucedido y sobre lo que nos aguarda*. En Daniél Cazés et al. (coordinadores) *Disputas por la Universidad: cuestiones críticas para confrontar su futuro*. México: UNAM.

Latapí, Pablo. (2007). *Conferencia Magistral*. Dictada al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Autónoma Metropolitana, el 22 de febrero de 2007.

Latouche, Serge y Didier Harpagès. (2011). *La hora del decrecimiento*. Barcelona: Ediciones Octaedro.

Manfred, Max-Neef (1998). *Desarrollo a escala humana*. Barcelona: Icaria Editorial.

Martel, Frédéric (2011) *Cultura Mainstream*. Taurus

Pigem, Jordi. (2013). *La nueva realidad. Del economicismo a la conciencia cuántica*. Barcelona: Kairós Editorial.

Sachs, Wolfgang. (2010). *The Development Dictionary. A guide to knowledge as power*. Londres: ZedBooks.

Smith, Philip y Manfred Max-Neef. (2014). *La economía desenmascarada. Del poder y la codicia a la compasión y el bien común*. Barcelona: Icaria Editorial.